



Lena

Especial Navidad
EMIL C. KASTLE



BONUS



Lena

Especial Navidad

Emi C. Kastle

AVISO LEGAL

Ninguna parte de esta obra puede ser copiada, almacenada o transmitida, por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación, o cualquier sistema de reproducción y recuperación, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, con excepción de breves citas utilizadas en reseñas o comentarios críticos.


Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, situaciones y escenarios que aparecen en él son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas o eventos, es pura coincidencia.

Algunas herramientas de inteligencia artificial fueron utilizadas como soporte en el proceso creativo y editorial de esta obra, bajo supervisión de la autora, sin que ello sustituya su autoría ni responsabilidad sobre el contenido.

La autora reconoce todos los derechos sobre las marcas registradas, productos o referencias mencionadas en el texto. La inclusión de dichos elementos se realiza sin intención de infringir derechos ni de establecer asociación o patrocinio con sus propietarios legales.

AUTORA: Emi C. Kastle

DISEÑO DE LA PORTADA: Emi C. Kastle



*Para todas vosotras,
que siempre pedís una página más,
que nunca tenéis suficiente de tatuajes, de pasión, de Levedev.*

*Gracias por entender que la familia, a veces,
es la que se elige y se defiende con el alma.*

*Que esta historia —y todas las que quedan por venir—
os abrigue el corazón, una Navidad tras otra.*

Nota de la autora

Hay historias que, aunque parecen acabarse en la última página, se quedan enredadas en el alma.

La de los Levedev es así. La he sentido en mí, y sobre todo en vosotras, que me lo habéis recordado una y otra vez con mensajes llenos de luz, de nostalgia, de esa complicidad única que sólo nace entre quienes de verdad han habitado la misma familia de papel.

Entre todo ese cariño y esa necesidad compartida, fue creciendo el deseo de volver a Lena, de asomarnos juntas a su rincón más íntimo. Quería regalaros —y regalarme— un poquito más de ella: descubrir cómo es su vida cuando la guerra se apaga y lo que queda son los días sencillos, las voces queridas y la familia que levantó con tanto amor.

Me di cuenta de que muchas, igual que yo, buscabais ese refugio suave: el amor incondicional de Lena, su manera de abrazar a todos sin pedir nada, la fuerza silenciosa que sólo tienen quienes saben esperar y sostener.

Por eso nació este pequeño regalo: tres escenas navideñas en tres momentos diferentes, siempre vistas a través de los ojos de la misma Lena, la que nunca ha dejado de ser el pilar silencioso y fuerte de su familia elegida. Año tras año, ha sostenido a todos con sus manos y con su amor, abrazando cada cambio, cada alegría y cada herida, sin soltar nunca a los suyos.

Antes de empezar a leer, quiero avisaros de que en estas páginas encontrareis historias que pedían ser contadas, pero también detalles y secretos que desvelan partes importantes de los cuatro libros de los hermanos Levedev. Si aún no habéis vivido sus historias principales, quizás preferáis acompañarlos primero en ese viaje, antes de seguir adelante.

Si ya formáis parte de la familia Levedev, adelante: disfruta de este pequeño regalo, un trocito de su vida entre el pasado y el futuro.

Ojalá os emocione leerla tanto como a mí me ha emocionado escribirla.

Gracias por seguir queriendo a esta familia, por pedirme “un poquito más” y por recordarme que hay personajes que no se olvidan... simplemente esperan a que volvamos a ellos.

Feliz Navidad, con todo mi cariño.

Emi



37 años antes

1

Lena

El primer invierno sin su madre cae sobre esta casa como una manta mojada. Pesada, fría, implacable. Afuera la nieve cubre los escalones, las ventanas tiemblan con el viento del East River, y dentro... dentro solo queda silencio. No el silencio normal de una noche de diciembre, sino ese que deja el dolor cuando ya gritaste demasiado para poder seguir.

Maxim lleva horas sin hablar.

Se sienta en el alféizar, mirando hacia la calle como si esperara verla doblar la esquina, con ese abrigo rojo que siempre usaba. Cada vez que parpadea, los ojos le brillan un segundo, pero no llora. Ya no puede llorar más. O no se lo permite. Y eso me rompe más que cualquier lágrima.

El Pakhan no está. Fue a una reunión con sus hombres. Un asunto de negocios. Da igual, él nunca está. Y es mejor así para todos. No importa si es Año Nuevo, Navidad, o el día en que mató a su propia esposa. Nunca está.

Hace años que dejé Rusia atrás, arrastrada por los Levedev como quien arrastra equipaje marcado, porque con ellos nada es voluntario; uno entra en su mundo del mismo modo que cae en un pozo, sin elegir, sin mirar atrás, agradeciendo solo que pudo ser peor.

Cuando el viejo Levedev y la bruja que tenía por esposa murieron, creí que la vida aflojaría un poco, que quizá habría un respiro... pero entonces Vasily tomó el mando, y el Carnicero de Moscú resultó ser todo el odio de sus padres multiplicado por dos. Se casó con una pobre muchacha que no entendió la trampa hasta que ya era demasiado tarde, y de esa unión nació lo único limpio que jamás salió de ese hombre: Maxim.

Un niño dulce, despierto, encantador en cualquier otra familia, pero que tuvo la desgracia de nacer en esta, de cargar un apellido que no merece, de soportar un padre que solo sabe destruir. Por eso estoy aquí. Por eso no me voy. Porque él no merece nada de lo que le hacen... y yo soy lo único que tiene para resistirlo.

—Maxim... —susurro, sin acercarme del todo, porque sé que si me acerco demasiado se romperá o se esconderá más hondo—. ¿Quieres que encendamos las luces del árbol?

Niega con la cabeza, apenas un movimiento lento, como si hasta eso le costara.

El árbol es pequeño. Ridículo para un niño Levedev. Tres luces parpadean cuando quieren, el ángel de arriba tiene una ala doblada, y las ramas están torcidas por los años. Su madre lo adoraba. Ella lo guardaba como si fuera algo precioso, como si ese árbol viejo fuera un pedazo de esperanza que se resistía a morir.

Yo lo monté hoy sola, cuando él dormía. Porque sé que ella lo habría hecho.

—Ella siempre ponía la estrella primero —dice él de pronto, y me mira por el reflejo de la ventana, no directamente. Como si decirlo de frente le hiciera daño.

—Lo sé, mi amor.

Sus pequeños hombros suben, tensos, como si cargaran algo enorme. Me acerco despacio y me siento a su lado. El vidrio está helado, pero la piel de Maxim está aún más fría.

—No sé dónde está ahora —susurra—. Y no sé qué... —su voz se quiebra, y se muerde los labios para evitar llorar—. Si cierro los ojos, la veo, pero cuando los abro... ya no está.

Me duele. Dios, cómo duele verlo así, tan pequeño y tan solo en un mundo que siempre le pedirá más de lo que un niño puede dar.

Le pongo una mano en la nuca, suave, sin obligarlo a mirarme.

—No tienes que saber nada —le digo, bajito, con esa voz que solo uso cuando quiero sostenerlo sin que se dé cuenta—. Solo tienes que estar aquí. Conmigo. Y yo contigo. Eso es suficiente por hoy.

No dice nada. Respira, un poco más hondo. Se apoya en mi hombro, tímidamente, como si no estuviera seguro de tener derecho a hacerlo. Me parte en dos pensar que duda.

Le acaricio el cabello, ese pelo oscuro y suave que su madre adoraba, y lo siento aflojar un poco, apenas una línea más de calor entre tanto invierno.

—¿Lena...? —pregunta, muy bajito, tan bajito que podría ser un pensamiento.

—Sí, cariño.

Traga saliva. Mira la calle. Mira el árbol. Mira la puerta por donde su padre salió sin siquiera nombrar a su esposa muerta.

—¿Tú también te vas a ir?

Ahí se congela todo. La casa entera. Mi pecho. Mi alma. Porque sé que él no pregunta eso por temor. Lo pregunta por experiencia. Porque en su mundo, la gente que ama, desaparece.

Me vuelvo hacia él despacio, le tomo la mejilla con dos dedos, obligándolo a que me mire, no por autoridad, sino por amor.

—Nunca —le digo. No un “claro que no”, no un “voy a intentar”... no. Nunca—. No importa lo que pase. No importa quién venga o quién se vaya. Yo me quedo contigo. Siempre.

Su labio tiembla. Una sola lágrima se desliza, lenta, silenciosa, como un cristal roto. No levanta la mano para limpiársela. No intenta esconderla. Solo se queda ahí, mirándome como si no entendiera por qué alguien elegiría quedarse.

Inclina la cabeza hacia mi pecho, despacio, y se deja caer. Sus brazos rodean mi cintura, pequeños, huesudos, firmes. Como si tuviera miedo de que me desvaneciera.

Lo abrazo fuerte, pero suave, como si fuera un ave herida. Porque lo es. Y porque si lo aprieto demasiado, el mundo entero podría romperse dentro de él.

—Lena... —susurra contra mi camiseta—. No quiero que sea Navidad sin ella.

Cierro los ojos. Lo acuno. Y le respondo con la única verdad que tengo.

—Entonces haremos una Navidad especial para que ella la vea desde donde está, haremos la mejor Navidad del mundo.

Sus dedos se aferran más. Su respiración se calma, lenta, profunda, como si por primera vez desde que ella murió, encontrara un lugar donde caer sin hacerse daño.

Y mientras lo sostengo, mientras le acaricio la espalda y la nieve golpea la ventana, lo sé.

En este instante, en esta sala oscura, con este niño roto en mis brazos... acabo de decidirlo. No importa lo que haga su padre, no importa qué monstruos vengan, no importa quién quiera convertir su vida en sangre.

Haré todo por él. Todo. Lo bueno. Lo malo. Lo que nadie sabrá. Lo que me destruiría si alguien lo viera.

Porque si alguien merece ser amado como un milagro en medio del invierno... es Maxim.

Y porque desde hoy, aunque nadie lo haya dicho en voz alta, aunque él nunca lo pida... yo soy su familia.

La casa sigue oliendo a invierno triste, pero decido que no va a quedarse así. No esta noche. No en su primera Navidad sin ella.

Me separo despacio de Maxim, le acaricio el pelo y le beso la frente, un roce leve, como si el mundo pudiera romperlo con un suspiro.

—Ven conmigo, dorogoy moy... —me detengo, porque ese era el nombre que le decía su madre, y no quiero invadirlo—. Ven, cariño. Vamos a cocinar algo. Te enseñaré a hacer lo que hacíamos en Rusia por estas fechas.

Él frunce la nariz un segundo, como si no entendiera por qué cocinar podría salvar nada, pero asiente. Se baja del alféizar y me sigue a la cocina, arrastrando los pies por el suelo como si tuviera mil años encima.

La cocina es grande, cálida, con fogones viejos que aún rugen como bestias fieles, con una mesa robusta donde caben todas las recetas que mi madre me enseñó y las que inventé para sobrevivir. Es mi refugio, mi reino, el único lugar donde la sombra de Vasily no pesa. Aquí huele a especias, a pan caliente, a historias que no llegaron a romperse del todo. Aquí puedo ser yo, sin miedo, sin secretos. Y hoy... hoy quiero que también sea un hogar para Maxim.

—¿Vareniki? —pregunta él, bajito, como si temiera romper algo con la voz.

Me giro hacia él con una sonrisa que me nace sola.

—Sí. Y si quieres... también podemos hacer pirozhki. Y si tenemos tiempo, kutia. ¿Te acuerdas?

Asiente. Pero no dice nada más. Lo veo levantar la barbilla apenas, un gesto pequeño que su madre hacía cuando algo le emocionaba y quería disimularlo. Y me derrite. Por dentro y por fuera.

—Ven, lávate las manos —le indico, mientras saco la harina.

Abre el grifo con una delicadeza exagerada, como si el agua fuera a escaparse. Frota sus manos despacio, concentrado, y me doy cuenta de que es la primera vez, desde que todo pasó, que lo veo haciendo algo con intención.

Y eso ya es un regalo.

Preparo un cuenco grande, echo harina, un poco de sal, mantequilla derretida. Él me observa desde un taburete, los pies colgando, las manos sobre las rodillas. Muy callado, pero atento.

—¿Quieres ayudarme? —le pregunto, y sus ojos se iluminan apenas, un brillo mínimo, frágil, pero real.

Asiente.

Le pongo la mano encima de la suya, guiándolo para mezclar la masa. Es pequeño, pero fuerte, más fuerte de lo que debería ser un niño. Se esfuerza, aprieta los dedos, respira hondo. Su lengua se asoma entre los dientes, concentrado.

—Así —le digo, suave—. Con calma. No hay prisa.

—¿Así? —pregunta él, y levanta la vista. Los ojos grandes, serios. Esperando mi aprobación como si fuera algo importante.

—Perfecto.

Y ahí pasa. Una sonrisa. Chiquitita. Insegura. Pero una sonrisa al fin. El corazón se me da la vuelta.

Seguimos amasando juntos. La harina nos mancha los dedos, la mesa, la ropa. En un momento él estornuda y deja una nube blanca en el aire. Se queda helado, como si hubiera hecho algo malo, pero yo me río. Una risa suave, tibia, que lleva meses encerrada.

Él parpadea. Y entonces sonrío de verdad. Amplio. Vivo. Como si por un instante el peso del mundo se hubiera movido de sus hombros.

—Parece nieve —dice, soplando la nube de harina.

—Sí —susurro, mirándolo como si fuera el milagro más grande de mi vida—. Parece nieve.

Hacemos los varenikis despacio. Él rellena algunos con demasiadas cerezas, otros casi sin nada, uno con un agujero en la masa que se deshace en mis manos, pero no importa. Nada importa excepto su risa tímida cuando ve que uno de ellos parece un monstruo aplastado.

—Ese es tuyo —me dice, y levanta el mentón, orgulloso.

—Me lo voy a comer el primero.

Mientras hiervo el agua y los aromas empiezan a llenar la casa, él se sienta en la encimera, balanceando los pies, contando historias cortas de su madre, de cómo hacía la nieve falsa con algodón, de la estrella que siempre colgaba torcida.

Lo escucho sin interrumpir. Cada palabra es un hilo que lo ata a ella, pero también a mí.

Cuando los varenikis están listos, los sirvo en dos platos desparejados y los llevamos a la mesa.

Él da el primer bocado y suspira, largo, como si algo se abriera dentro.

—Saben ricos —susurra.

—Porque los hicimos juntos —le digo, apoyando mi mano sobre la suya.

Él entrelaza sus dedos con los míos sin pensarlo. Un gesto simple. Un gesto que vale más que cualquier juramento.

Lo miro comer, lo miro reír suave, lo miro existir sin miedo por unos minutos.

Y en ese pequeño salón viejo, con la nieve golpeando la ventana y la sombra de su padre lejos, siento que esta es la primera Navidad que tiene sentido.

La primera de muchas.

Y todas serán así. Tal vez solo nosotros. Tal vez pequeñas. Tal vez clandestinas, escondidas del monstruo que tiene por padre.

Pero siempre juntos. Siempre nosotros.

Porque él es mi familia. Y yo soy la suya. Y mientras me quede aliento, nunca volverá a estar solo.

2

Maxim

La casa está demasiado quieta cuando papá no está.

No es una tranquilidad buena... es esa donde no sé de dónde va a venir el próximo ruido. La próxima sombra. El próximo grito. El próximo golpe.

A veces siento que no puedo respirar bien cuando él se va. Porque no sé cuándo va a volver. Ni cómo. Ni si va a mirarme como si fuera algo que estorba, o si va a pasar a mi lado sin verme del todo, como si yo no existiera.

Pero cuando Lena aparece en la puerta esta tarde... algo cambia.

Ella no hace ruido cuando camina, pero tampoco se mueve como la gente que se esconde. No abre las puertas con miedo ni con rabia. Las abre como si trajera luz. Como si supiera que yo no sé qué hacer con mis manos cuando estoy solo.

—Ven conmigo... dorogoy moy —susurra.

Y siento que algo dentro de mí deja de encogerse.

La sigo a la cocina. No porque tenga hambre. No la tengo. No he tenido desde que mamá...

No. No puedo pensar eso ahora.

La cocina está caliente. Y huele a mantequilla, a pan tostado, a algo dulce que no sé nombrar, pero que hace que mi pecho duela menos. Lena dice que es su reino. Y yo le creo.

Aquí no pasa nada oscuro. Aquí los cuchillos cortan pan, no personas. Aquí las puertas no dan miedo. Aquí nadie grita.

Ella empieza a sacar cosas de los armarios. Harina. Azúcar. Fruta.

Cosas que mamá usaba.

—¿Quieres ayudarme a cocinar para Navidad? —pregunta.

No sé si puedo. No sé si debo.

Pero ella me mira como si pudiera decirme que no voy a romperme si doy un paso.

Asiento.

Cuando me toma la mano para enseñarme a mezclar la masa, sus dedos están tibios. Los míos, helados. Creo que lo nota, porque no me suelta.

La harina se me pega en las uñas y me da un poco de risa, porque parece nieve. Y yo antes me reía mucho en Navidad con mamá, pero ahora se me olvida cómo se hace.

Pero Lena ríe primero. Una risa bajita. No hace eco y no asusta.

Y entonces yo también me río, flojito, como si estuviera probando si todavía puedo.

—Así —me dice—. Muy bien, dorogoy moy.

Quiero guardar ese sonido. Su voz así, por si la necesito luego.

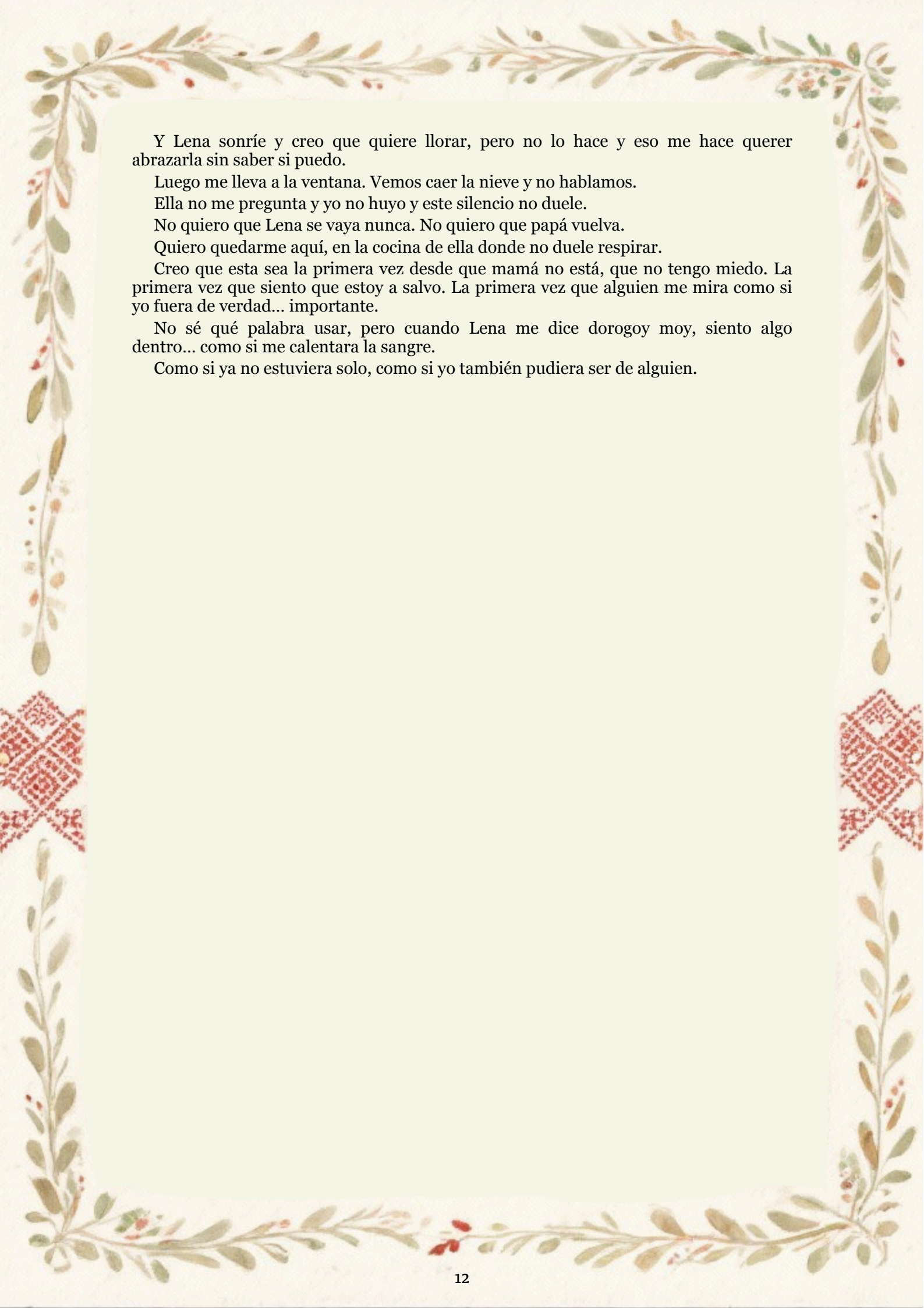
Cuando probamos los vareniki, el sabor me pega en el pecho, pero de una forma rara... como si por un momento pudiera recordar algo bonito sin romperme.

—Saben como los de mamá —murmuro.

Ella aprieta mi mano. Suave. Como si entendiera todo sin que yo tenga que explicarlo.

Me pone un plato más, aunque le digo que no tengo hambre. No me obliga, solo lo deja ahí, cerca, esperando. Y eso... me hace sentir seguro.

Lo miro mucho rato y al final, como.



Y Lena sonríe y creo que quiere llorar, pero no lo hace y eso me hace querer abrazarla sin saber si puedo.

Luego me lleva a la ventana. Vemos caer la nieve y no hablamos.

Ella no me pregunta y yo no huyo y este silencio no duele.

No quiero que Lena se vaya nunca. No quiero que papá vuelva.

Quiero quedarme aquí, en la cocina de ella donde no duele respirar.

Creo que esta sea la primera vez desde que mamá no está, que no tengo miedo. La primera vez que siento que estoy a salvo. La primera vez que alguien me mira como si yo fuera de verdad... importante.

No sé qué palabra usar, pero cuando Lena me dice dorogoy moy, siento algo dentro... como si me calentara la sangre.

Como si ya no estuviera solo, como si yo también pudiera ser de alguien.



14 años después

3

Lena

La casa ya no es silenciosa.

Hace catorce años, en esta misma fecha, el silencio era lo único que llenaba estas paredes, un silencio espeso, triste, como un fantasma al que nadie se atrevía a tocar. Ahora... ahora no hay descanso. Hay pasos, risas, carreras, discusiones, gritos alegres, juguetes tirados, cables por el suelo, y esa voz pequeñita que llena todos los rincones con su necesidad de ser escuchada.

Oksana.

La descubro empujando con ambas manos el tronco del pino enorme que Maxim trajo esta mañana porque ella —con su carita redonda, sus trenzas torcidas y ese puchero irresistible— decidió que quería “el más grande”, y Maxim, claro, no sabe decirle que no.

Nunca ha sabido. Desde el primer día, aunque intente disimularlo, no ha sabido decirle que no a nada.

—Maxim, no cabe —digo, observando cómo el árbol se queda trabado en el marco de la puerta.

—Va a caber —responde sin apartar la vista del teléfono, aunque está demasiado cerca de nosotros para fingir que no le importa.

Levantando un poco la voz, añade:

—Empujad. Más fuerte.

—¡Estoy empujando! —protesta Ilya desde el otro lado, con esa energía insoportable y necesaria que trae siempre—. ¡Lena, dile que este maldito árbol es una secoya!

—¡Secoya! —grita Oksana, fascinada, sin tener idea de qué es—. ¡Maxim, quiero una secoya de Navidad!

Andrey, sentado en el suelo con un destornillador en la boca y un cable enredado en las piernas, ni levanta la vista.

—No es una secoya —murmura—. Es un *Abies fraseri*. Y no deberíamos haberlo metido sin medir antes la altura del techo.

—Nadie te preguntó, enciclopedia —bufa Ilya.

—Tú tampoco estás ayudando —responde Andrey, tranquilo, como quien comenta el clima.

El árbol, al fin, entra... o mejor dicho, irrumpe en el salón con un bramido de ramas chocando contra la pared. Oksana aplaude como si fuera un milagro.

—¡Maxim! ¡Maxim, ya está! —corre hacia él y le tira de los pantalones para llamar su atención.

Él baja el teléfono, pero no lo suelta. No se ha separado de él en todo el día, dando órdenes, contestando mensajes, escuchando informes.

Tiene veintidós años y carga sobre los hombros un poder que no tendría que haber heredado. Un poder que tomó con sus propias manos cuando ya no quedaba otra opción. Cuando hizo lo que yo sabía que algún día tendría que hacer. Lo que nadie se atrevió a hacer antes.

Mató a su padre. Y salvó a estos tres niños.

—¿Te gusta? —pregunta Oksana, empujándose para tocarle la barbilla.

Él respira hondo, como si le costara admitirlo.

—Está bien —dice, serio, seco.

Pero a ella no le engaña. A mí tampoco me engaña. La forma en que baja la mano para acomodarle una trenza rebelde habla más que cualquier sonrisa.

Se derrite por ella. Como se derrite por los otros dos, aunque lo esconda detrás de ese rostro duro que aprendió a usar como máscara cuando su padre todavía respiraba.

Me acerco al árbol y saco dos cajas del armario. Las abro despacio.

Son los adornos de los Zaolov. Los únicos que pudimos rescatar de aquella casa quemada por la violencia de Vasily.

Ilya se acerca sin decir una palabra. Deja de hacer ruido, por primera vez en todo el día. Andrey alza la vista y se queda muy serio. Oksana se sienta en el suelo y mete las manos dentro de la caja como si fuera un tesoro.

El aire cambia. Se vuelve más suave, más cuidadoso.

—Éstos eran de mi mamá —dice Ilya, rozando con un dedo un adorno de cristal azul.

—Y éstos de mi papá —susurra Andrey, tomando uno en forma de estrella.

Silencio, pero del bueno, del que no duele.

Maxim levanta la mirada de su teléfono. No dice nada, pero está aquí, con nosotros.

Oksana levanta un adorno rojo.

—¿Puedo poner éste arriba? ¡Es bonito!

—Es demasiado grande para la punta, milaya —murmuro.

—No importa —dice Maxim desde el sofá, sin mirar—. Si quiere ponerlo arriba, que lo ponga.

La niña grita feliz, abraza el adorno y casi derriba el árbol entero en su esfuerzo por trepar.

—¡Ilya! —exclamo, porque ya sé lo que va a pasar.

—¡Ya voy! —el chico corre y la levanta en brazos como si fuera una pluma, poniéndola lo más alto posible—. Oksana, ¿lista?

—¡Lista!

La estrella roja queda torcida, demasiado baja porque es imposible que Oksana llegue hasta arriba, enorme y ridícula. Pero perfecta.

—Está fea —dice Andrey, sin levantar mucho la voz.

—Está perfecta —dice Maxim al mismo tiempo.

Sus miradas se cruzan. Sonríen un segundo. Ese segundo me llena el pecho.

El árbol queda abarrotado. Demasiadas luces, demasiados adornos, demasiada vida. Antes, en esta casa, todo era demasiado poco. Ahora todo es demasiado... y está bien así.

—Lena —dice Maxim, sin que se le ablande la voz, pero con algo distinto en los ojos—. Los de cristal van arriba. Son frágiles.

—Lo sé, dorogoy moy —respondo.

Andrey y Ilya se quedan quietos, mirándolo.

Maxim asiente, apenas un movimiento, pero lo suficiente para que yo vea al niño que fue y que trato de proteger desde que se quedó solo con el monstruo.

—¿Y... yo puedo poner uno? —pregunta de pronto Ilya, casi en un susurro.

Maxim deja el teléfono por primera vez y se levanta.

—Los Levedev ponen los adornos juntos —dice.

Ilya baja la cabeza, como si tragara algo grande, difícil. Andrey también se acerca. Oksana corre hacia mí y me abraza la pierna.

Todos miran a Maxim. Y yo también.

—Entonces —añado, con la voz temblándome por dentro—, vamos a hacerlo bien.

Y los cinco colgamos los adornos Zaolov en nuestro árbol... en el árbol Levedev. Los recuerdos de unos se mezclan con la vida nueva de los otros. Las heridas conviven con la esperanza.

Y esa mezcla, rara y hermosa, llena la sala de algo que yo creí perdido para siempre.

Familia. Una familia hecha de sangre, de dolor, de elección.

Una familia que debía haber nacido rota... pero que está aquí, de pie, construyendo luz donde antes solo hubo oscuridad.

Maxim vuelve a su teléfono cuando terminamos, pero no se va, no se encierra, no se distancia.

Se queda sentado en el sofá, mirando el árbol como si no quisiera reconocer que lo emociona. Aunque lo hace. Yo lo sé, siempre lo sé.

Me acerco y lo toco en el hombro.

—Está precioso, ¿verdad?

—Está... —su garganta se cierra un segundo—. Está bien.

—Maxim —susurro, inclinándome—. Dorogoy moy... es el árbol más hermoso que has tenido nunca.

Sus ojos, por un instante, dejan ver al niño de ocho años que me pedía con la mirada que no lo dejara solo.

Y yo sé que este es el comienzo de algo grande.

La primera Navidad de muchas. La primera donde no falta nadie. La primera donde no hay miedo.

La primera... donde todos tienen un lugar.

La primera Navidad Levedev.

4

Ilya

En casa de mis padres, el 31 de diciembre era el día más grande del año. Ni el cumpleaños, ni el verano, ni siquiera la última nota de la escuela. La víspera de año nuevo lo era todo.

Yolka, la cena, la casa llena de olor a mayonesa y cebolla frita, mi madre estresada porque la ensalada Olivier nunca salía “igual que la de la abuela”, mi padre poniendo música de los ochenta y bailando con cualquiera que pasara por el pasillo, aunque fuera el gato.

Y siempre, siempre, el árbol decorado hasta el último rincón. Eso, y los regalos que Ded Moroz dejaba bajo la estrella roja. Yo era feliz. Éramos felices.

Ahora, todo eso es otro planeta.

Lena dice que hay que crear tradiciones nuevas, pero yo sé que lo hace por Andrey y, sobre todo, por Oksana, que ni siquiera recuerda bien la voz de mamá. No me quejo. Si algo he aprendido es que en esta casa los recuerdos duelen menos cuando la risa tapa los huecos.

Hoy el salón huele a mil cosas. No como en casa, pero casi. Maxim se pasea entre la cocina y el salón como si solo viniera a controlar, pero se le nota que no quiere perderse nada, aunque no deje el móvil ni para poner los cubiertos.

Andrey está absorto doblando servilletas como si fuera un concurso de origami. Oksana corretea por toda la casa arrastrando una guirnalda azul casi más grande que ella y cantando una canción que ni yo reconozco.

Yo... bueno, yo finjo que no me importa, pero llevo media hora discutiendo con Lena si hay suficiente caviar (no hay nunca suficiente, lo sabe todo el mundo) y metiendo la cuchara en cada plato que puedo para probarlo antes que nadie.

—Eso es para la ensalada, Ilya —me dice Lena, sin girarse, como si tuviera ojos en la nuca.

—¿Y si está envenenada? ¿Quién la prueba? ¿Maxim? ¿Oksana? Yo me sacrifico por todos, ya sabes.

Andrey suelta un bufido sin dejar de doblar la última servilleta.

—Eres imposible —dice, pero en el fondo le hace gracia.

Oksana se planta frente al árbol —el Yolka— que decoramos ayer, con la estrella roja torcida bastante lejos de la punta porque “así está perfecta”, según ella.

La miro y se me encoge un poco el pecho. Por ella hago todo esto. Por ella y por Andrey. Para que no piensen en lo que falta, sino en lo que queda.

—¿Falta mucho para los regalos? —pregunta Oksana, dando saltitos.

—Ded Moroz viene cuando no lo miras —le digo, haciendo mi mejor voz de misterio.

—¡Mentira! ¡Si lo espero despierta me traerá un regalo más! —grita, y corre hacia Maxim, que intenta hacerse el duro, pero termina agachándose para que ella le ponga una guirnalda al cuello.

—No cuentes con ello —responde él, con esa voz grave y sin emociones. Pero la deja colgarle la guirnalda, y yo veo la sonrisa que se le escapa, aunque luego la esconde enseguida.

Lena nos llama a la mesa y ahí sí, ya nadie finge. Todos corremos. Las copas están llenas de zumo para Oksana, de kvass para Andrey y de vino para Lena y Maxim. Yo cojo un trago de lo que sea, no pregunto, solo quiero brindar como antes.

—¿Podemos poner la música? —pregunto, mirando a Maxim.

—Si es rusa, sí —dice Maxim, serio, pero Lena le da un codazo.

—Que ponga lo que quiera —dice ella, y a todos nos da la risa.

Oksana se sube en mi regazo, la abrazo fuerte, le acomodo el lazo y le digo al oído:

—¿Sabes? El año pasado, mamá me decía que si bailaba alrededor del árbol, Ded Moroz traía regalos más grandes.

—¿Bailamos? —susurra, emocionada.

Así que, aunque me muera de vergüenza, bailo con ella, doy vueltas, hago el tonto. Y en el fondo, por un rato, siento que el mundo no está tan mal.

Maxim nos mira, y aunque su cara no se mueve, sus ojos brillan. Andrey me mira como si estuviera loco. Lena levanta la copa y nos hace callar:

—Por este año, por los que faltan y por los que estamos. Por la risa. Por la familia.

Brindamos. Y en ese instante, justo antes de que empiecen los fuegos artificiales en la calle y la casa se llene de ruido y migas de pan, me doy cuenta de que, aunque nunca nada será igual, esto, aquí y ahora, es suficiente.

Y sí, tengo rabia, tengo tristeza, tengo un hueco que nadie va a llenar, pero también tengo a Oksana, a Andrey, a Lena... y aunque no quiera admitirlo, a Maxim.

Una familia nueva. Una nochevieja que también será recuerdo.

Y yo, por ellos, bailo lo que haga falta.

5

Andrey

Oksana es la primera en levantarse. Lo sé porque su voz rebota por el pasillo antes de que el sol suba. Grita mi nombre, el de Ilya, el de Lena. Hasta el de Maxim, aunque él nunca contesta.

—¡Regalos! ¡Hay regalos! ¡Ded Moroz vino! —corre y tropieza, pero no llora, solo se ríe y sigue.

Oigo a Ilya que se queja, pero al segundo está de pie, riendo y diciendo que se va a quedar con todos los paquetes si no bajamos rápido.

Yo tardo un poco más, disfruto escuchándolos desde mi cuarto, el bullicio, la promesa de que la casa ya no está vacía. Cuando bajo, Oksana ya ha abierto la mitad de los regalos pequeños. El pelo revuelto, las mejillas manchadas de chocolate, y una sonrisa tan grande que parece imposible en una cara tan pequeña.

—¡Este es mío! —grita, abrazando una muñeca—. Mira, Lena, tiene abrigo. ¡Abrigo rosa!

Lena asiente, medio riendo, medio intentando que no se le derrame el café.

—Abrigo rosa y botas, Oksana, pero si quieres sacarla a la nieve, primero tienes que vestirte tú.

—¡No quiero! Quiero jugar.

Ilya saca unos cascos nuevos y los levanta como si hubiera encontrado oro.

—¡Mira, Andrey! Ahora no voy a oírte cuando ronques.

Me encojo de hombros. No le digo que él duerme más profundo que yo y ni una tormenta lo despierta. Mejor así.

Lena me acerca mi regalo. Es grande, pesa más de lo que parece. Lo abro con cuidado. Y no puedo evitar quedarme quieto un momento, mirándolo como si fuera de mentira: un ordenador nuevo, de esos de carcasa blanca brillante, monitor perfecto, teclado que todavía huele a fábrica y una caja llena de cables y manuales que casi parece un tesoro.

Al lado, varios libros: uno de experimentos, uno de trenes antiguos, y una caja de piezas de metal, tornillos y tuercas, perfectamente ordenados. Paso los dedos por el borde del monitor. No sonrío, pero por dentro algo se enciende, como si el mundo fuera un poco más grande solo porque ahora puedo explorarlo.

Casi sonrío. Casi.

—¿Te gusta, Andrey? —pregunta Lena, como si no supiera la respuesta.

Asiento. Es suficiente.

Oksana se sube en mi regazo, pone la muñeca en mi mano y le habla como si entendiera todo.

—Mira, Drey, ella es Dasha. Tú eres papá, ¿vale? Yo soy mamá. Vamos a la tienda.

—La tienda está cerrada, Oksana. Es fiesta —dice Ilya, que no puede con la risa.

—No, no, no. Dasha quiere pan y leche.

Maxim observa desde la puerta, los brazos cruzados, serio. No se acerca a los regalos, pero cuando Oksana lo llama —¡Maxim, ven, ven, mira!—, él camina despacio y ella le pone la muñeca en la mano.

—Tú eres el abuelo. Tienes que decir "no comas dulces".

—No comas dulces —repite Maxim, y todos reímos porque lo hace con la misma voz seca que pone cuando habla con los adultos.

El salón es un caos. Papeles, cintas, cajas abiertas. Oksana salta de un lado a otro, Ilya arma una torre con los paquetes vacíos y la hace caer sobre Lena, que protesta entre risas. Yo miro mis libros, los paso uno a uno, el peso en las manos me tranquiliza. Me fijo en los detalles: la encuadernación, el olor a tinta, el orden perfecto de las piezas de la caja. Me gusta estar aquí, en medio de todo el ruido, sabiendo que puedo apartarme y leer cuando quiera, pero que si levanto la vista, hay alguien en cada rincón.

Cuando Oksana me pide que le monte la silla de muñecas, lo hago en silencio, disfrutando de que nadie me apure, de que todos estén cerca, de que, al final, este sitio ya no sea tan extraño.

Y mientras afuera la nieve cubre el mundo de blanco, adentro la casa está llena de voces, risas y ese calor raro que nunca supe que iba a volver a sentir.

Me quedo mirando el ordenador como si pudiera desaparecer si parpadeo. Paso la mano por encima de la pantalla y toco las teclas solo para escuchar el clic perfecto. El corazón me va rápido. No sé por dónde empezar. Hay una caja con discos de instalación y otra más pequeña, con un ratón óptico y hasta unos altavoces pequeños, plateados. Es mucho más de lo que habría imaginado nunca.

Ilya se asoma por detrás de mi hombro.

—Vaya, hermanito, ahora sí que no te vamos a sacar de tu cuarto en todo el año. ¿Puedo usarlo para jugar después?

Lo miro, serio.

—No es un juguete.

Él se ríe, me da una palmada en la espalda y se lleva un libro para hacerme rabiar, pero me da igual. Ya está pensando en cómo convencerme de que le deje instalar algún juego, lo conozco demasiado bien.

Lena recoge un poco de papel y me observa con esa calma suya que parece saberlo todo antes de que nadie lo diga.

—Si necesitas ayuda para montarlo, avísame, ¿sí?

Asiento, pero sé que no la voy a necesitar. Ya sé cómo funciona, lo he leído en revistas, he soñado con este momento demasiadas veces.

Cuando me quedo solo un minuto, abro la caja de piezas y empiezo a ordenar los tornillos, a mirar el libro de experimentos. El ruido sigue de fondo, pero yo estoy en mi mundo.

Oksana aparece a mi lado, con su muñeca colgando de un brazo y la corona torcida en la cabeza.

—¿Eso es para trabajar, Drey?

—No. Es para aprender. Y para jugar a veces.

Ella asiente como si entendiera todo, y luego me deja su muñeca encima del teclado.

—Dasha quiere ver la tele contigo —dice muy seria.

—Dile que espere —le respondo en voz baja, y no sé por qué, pero no me molesta que se quede cerca.

Ilya ya está cambiando la música y baila con Oksana en círculos por el salón. Lena sirve chocolate caliente para todos y me pone una taza cerca, sin decirme nada. Maxim mira todo desde la puerta, como si necesitara convencerse de que esto está bien, de que puede relajarse un poco, al menos hoy.

Me quedo así un rato, con las manos en el teclado, el libro abierto a un lado y la casa llena de voces, sintiendo que no tengo que hablar para que me vean, ni esconderme para sentirme seguro.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo prisa por volver a estar solo.

Y aunque no lo digo en voz alta, sé que este ordenador, estos libros, este bullicio, son el mejor regalo que he recibido nunca.



En la actualidad

6

Oksana

El primer día del año siempre tiene el mismo sonido: risas, carreras por los pasillos, gritos de “¡Mira, mira lo que tengo!” y el inconfundible estruendo de pequeños pies descalzos saltando de cama en cama.

Abro los ojos con el zumbido de Alina pegado a la oreja y un peso tibio —su pierna— cruzada sobre mi pecho. Lev ya no está. Seguro que fue a prepararse el primer café y ver si sobrevive a otra mañana con el ejército Levedev al completo.

En el pasillo ya reina el caos. Las gemelas de Sofía chillan como si no se hubieran acostado a las tres de la mañana, Maya da órdenes a todos los pequeños (“no abráis el grande, ese es para la baba), y Nikolai inspecciona el montón de paquetes con una seriedad que parece heredada de tres generaciones. Mikhail —el pequeño explorador— ya ha logrado quitarle el lazo a medio árbol y ahora lo usa como corona.

Abro la puerta y Alina salta de la cama, corre hasta el salón y empieza a gritar por todo el mundo:

—¡Babulya, babulya! ¡Regalos! ¡Han venido los regalos!

Babulya Lena aparece, envuelta en su bata, sonriendo como si cada niño fuera un milagro. Se detiene a besar a cada uno, les acaricia el pelo, recoge a Elizaveta en brazos y la deja colgarse de su cuello un minuto, antes de señalar con solemnidad:

—Abrid sólo cuando estemos todos, que si no, Ded Moroz se pone triste.

Nina y Kira se lanzan cojines, Evgeny llora porque alguien le ha quitado el chupete, y Andrey, con ojeras y un calcetín de cada color, trata de organizar las cajas en orden de nombre.

Anna intenta que Elizaveta no se coma el papel de regalo, mientras Nikolai, observa a sus primos con un dedo en la boca, analizando la situación antes de saltar a la acción.

Rieke entra con la cámara en la mano y grita:

—¡Venga, todos en círculo! ¿Quién ha visto a Ded Moroz esta noche? Yo juro que escuché pasos en la cocina...

Nikolai, muy serio:

—Eso no era Ded Moroz, era papá buscando pastel.

—¡No mientas, Niko! —salta Alina—, Ded Moroz vino, porque babulya dijo que si dormíamos temprano, vendría seguro.

Sofía entra bailando, y las gemelas saltan sobre ella:

—¡Los nuestros primero! —chilla Kira.

—¡No! Los míos —protesta Elizaveta, tirando de una cinta que acaba en la cabeza de Mikhail, que va corriendo a los brazos de Rieke.

Lev da dos palmadas y, milagro, todos se callan:

—¿Quién quiere ver a Ded Moroz y Snegúrochka?

Gritos. Manos alzadas.

—Pero solo si prometéis que os vais a portar bien...

Rieke, práctica, reparte zumo y galletas, Andrey ya se ha resignado a perder el control y solo sonríe mirando cómo Sofía limpia chocolate de la cara de Evgeny y le hace cosquillas.

Maxim ordena los pequeños para que “no haya heridos”. Nikolai y Alina negocian la posición de la mejor silla con una madurez que da miedo.

Y entonces, de repente, suenan tres golpes en la puerta del comedor.

Silencio. Todos los niños miran, algunos con los ojos redondos de asombro. Lena alza las cejas y le hace una seña a Anna, que corre a abrir con teatro.

Entran Ded Moroz y Snegúrochka.

La barba blanca de Ilya es tan falsa que cuelga torcida, pero los niños gritan igual. Maya, preciosa de azul y con trenzas y corona, reparte besos y se inclina a la altura de los más pequeños:

—¿Quién ha sido bueno este año?

—¡Yo! —chillan las gemelas.

—¡No, yo! —dice Alina, y Elizaveta se engancha a la pierna de Ded Moroz, mirándole los botones.

—¿Tú has sido buena, Elizaveta?

Ella asiente, muy seria, y le ofrece una galleta medio mordida.

Ilya, disfrazado y feliz:

—A ver, a ver, ¿qué dice la baba Lena? ¿Se merecen regalos estos niños?

Lena, rodeada de nietos y con la mirada brillante de lágrimas que no deja caer:

—Creo que sí, Ded Moroz. Aquí todos se merecen el mundo.

Empieza la entrega de regalos.

Nikolai recibe un set de trenes y se queda quieto, sólo aprieta los labios y asiente a Maxim, que le pasa la mano por la cabeza. Las gemelas abren paquetes a la vez y, antes de ver lo que hay dentro, ya están peleando por el papel brillante. Alina salta encima de mí con una muñeca nueva y grita:

—¡Mira, mamá! ¡Sabe cantar!

—A ver si canta más que tú, pequeña fiera, puedes llamarla Dasha...

Mikhail rompe el lazo de su caja y lo usa como bufanda, mientras Rieke, tranquila, le acomoda el pelo mientras él abre un camión de bomberos.

Elizaveta se mete una cinta en la boca y aplaude cuando Anna le da una caja con piezas para encajar.

Evgeny gatea entre envoltorios y Lena le lanza besos mientras Sofía le hace un “trineo” con una caja vacía. Maya ayuda a Kira a montar un puzzle imposible. Andrey mira alrededor y, sorprendentemente, parece relajado. Lev sujeta a Alina y la alza al aire:

—Eres mi campeona, ¿quieres ver si Ded Moroz baila?

—¡Ded Moroz, baila! —gritan todos, y Ilya no tiene más remedio que hacer el oso ruso más patético de la historia. Los niños aplauden, Maya ríe, Lena le lanza una servilleta.

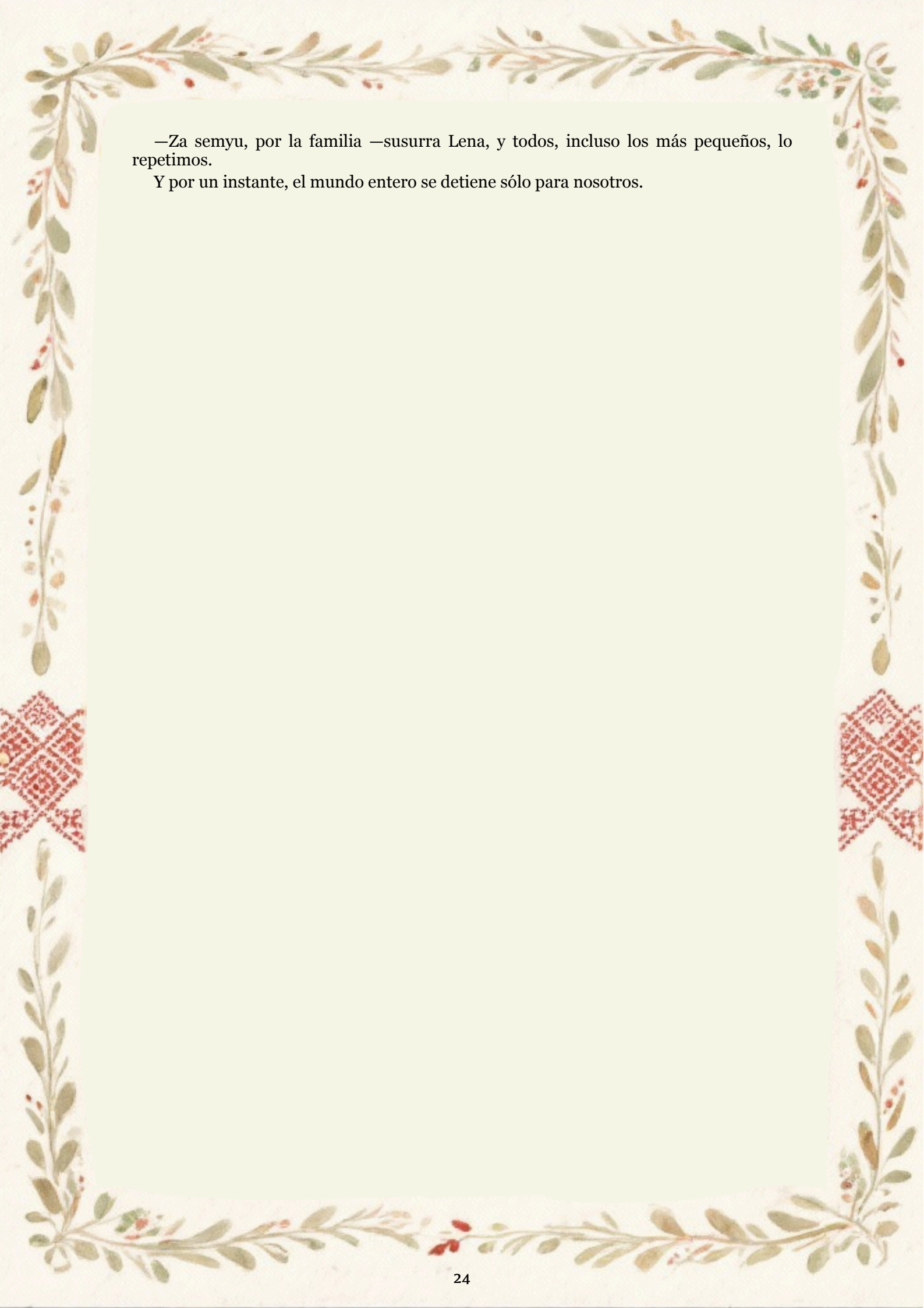
Anna saca la cámara.

—Foto, foto, todos juntos.

—¡Pero que se vea babulya! —grita Kira.

Nos arremolinamos, todos los niños en brazos o en el regazo, los adultos abrazados, Sofía canta, Alina me tapa la cara con un lazo, y Lena, en el centro, ríe con esa risa profunda que sabe a todo lo que fuimos y a todo lo que seremos.

Miro a mis hermanos, a nuestros hijos, a todos los que queremos, y pienso que si existe la magia, tiene este aspecto: una casa llena, el corazón enorme de babulya Lena, y nosotros, juntos, abrazados en el primer día del año, sabiendo que ningún regalo es más grande que esto.



—Za semyu, por la familia —susurra Lena, y todos, incluso los más pequeños, lo repetimos.

Y por un instante, el mundo entero se detiene sólo para nosotros.

7

Lena

La casa parece demasiado pequeña para tanto Levedev.

Después de la tormenta de papeles, cintas, risas y chillidos de la mañana, la calma no llega: se transforma. A media mañana, hay niños por todas partes, los regalos se mezclan con los zapatos y alguien ha perdido una manopla, pero ya nadie se inmuta.

La mesa larga está casi lista —sólo faltan dos ensaladas y un niño subido en cada silla— y las guirnaldas brillan más de la cuenta porque Oksana, en un momento de locura maternal, ha dejado que Alina ayudara a decorarlas con pegamento y purpurina. Hay migas y confeti por todas partes, y el árbol brilla como si esperara un milagro, pero en realidad lo que espera es que nadie lo tumbe, aunque las probabilidades sean bajas.

Maxim vigila el salón con su mirada de acero, sentado en la cabecera, móvil en la mano y Anna apoyada a su lado. Frío por fuera, pero cada vez que Anna se inclina para decirle algo al oído, la boca se le suaviza, y cuando Nikolai —su hijo mayor, con esos ojos serios que nunca pestañean— le pide que le ate un zapato, Maxim deja el móvil y se agacha con paciencia, como si nada en el mundo pudiera romper ese instante.

Elizaveta da vueltas alrededor de su silla, tambaleante, lanzando cucharas y trozos de pan que Anna recoge sin perder la sonrisa. Ella es el equilibrio exacto de ese hombre, la única que puede hacer que el Pakhan cante “Un elefante se balanceaba” si su hija lo exige.

En la otra punta, Oksana manda como si la casa fuera una extensión de su voz. Lev la observa desde el umbral de la cocina, brazos cruzados, mirada de halcón, pero basta con que ella le guiñe un ojo, para que se derrita por completo.

Alina, la pequeña, grita órdenes como su madre y no respeta límites: arrastra a Nikolai de la mano, salta sobre el sofá y sólo para cuando Oksana la levanta y la hace girar hasta que se quedan las dos riendo, la madre más fuerte y la hija más salvaje del universo.

Sofía entra con el pelo lleno de brillos y la camisa mal abrochada, arrastrando tras de sí a Nina y Kira, dos diablillas gemelas que han convertido el pasillo en una pista de carreras. Andrey, detrás, repite “despacio, despacio, os vais a matar” en bucle mientras Evgeny duerme en un portabebés, plácido, ignorando el caos.

Sofía pone música, baila con las niñas, se olvida de la ensalada y chilla por el pasillo que alguien vigile el horno. Andrey coge aire, vigila a todos, cuenta niños, cuenta cucharas, cuenta peligros y suspira.

Ilya entra en la cocina con una bandeja y la misma sonrisa insolente de siempre.

—¿Quién ha dejado el cuchillo aquí? ¡Esto es un peligro, familia, tenemos a media guardería suelta!

Rieke, serena, coloca platos con Maya —ya casi adolescente, lista para rodar los ojos ante cada excentricidad de su padre— y carga a Mikhail, que a sus dos años cumplidos, ya ha aprendido a reírse de los gritos de su prima Kira y de los empujones de Alina.

—Papá, Alina me tira de la trenza —chilla Kira.

—¡No es verdad! Ha sido la otra —se defiende Alina, señalando a Nina, que ya ha desaparecido bajo la mesa con una croqueta en la mano.

—Aquí no hay inocentes —intervengo mientras cargo una fuente humeante—. Todos a la mesa, y quien no venga, se queda sin postre.

El milagro ocurre: en un minuto, todos ocupan su sitio. Los niños pequeños suben a trompicones, peleando por los asientos y la mejor vista del árbol.

Alina grita que quiere sentarse “con la baba Lena”, y Elizaveta la imita a voces hasta que las abrazo a ambas y las siento a mi lado, mientras Nikolai se sienta muy recto al lado de su padre, con el ceño fruncido de concentración, sin perder detalle.

Lev sirve el vino bajo la atenta mirada de Oksana, que se asegura de que nadie lo derrame sobre los platos. Sofía lanza servilletas al aire, Ilya cuenta anécdotas imposibles que las niñas escuchan fascinadas y Rieke, con una sonrisa suave, pasa la mano por el cabello de Mikhail, que la mira como si no existiera otro lugar más seguro.

Maxim repasa la mesa, cuenta cabezas y, cuando por fin está seguro de que están todos, deja el móvil boca abajo, toma la mano de Anna, y asiente hacia mí.

—Dilo tú —me pide, y la voz, aunque baja, tiene ese respeto de quien sabe quién es el corazón de la casa.

Sonrío sin levantarme y los miro a todos, a mis hijos, a mis nietos, a las parejas que eligieron y que son mías también. Miro a los niños que ahora llevan sangre Levedev y son una nueva promesa.

—Por los que ya no están, por los que llegaron después, por los que crecen y los que aún aprenderán a caminar. Por esta casa y por esta familia. Que nunca nos falte ni la risa, ni el pan, ni la fuerza de querernos así: todos juntos.

Brindan, todos, los niños con leche, los mayores con vino, y enseguida el bullicio vuelve: croquetas por el aire, Nina y Kira peleando por la última mandarina, Maya haciéndose la adulta y Elizaveta llorando porque la cuchara se le ha caído por tercera vez.

En medio de todo, sonrío, sosteniendo una niña a cada lado, mientras Maxim me mira y asiente, y Oksana me guiña un ojo desde el otro extremo de la mesa.

En ese instante, con todos a mi alrededor, siento que la vida, al final, ha sido generosa.

Aquí está mi legado. Aquí está mi milagro.

Y mientras los niños vuelven a gritar y los adultos a discutir, yo me quedo quieta, guardando este recuerdo en el corazón, sabiendo que esta familia —nuestra familia— es indestructible.

Y yo, por mucho que pasen los años, seguiré aquí para sostenerla, como siempre, hasta el último invierno.

Fin

Sobre la autora

Emi C. Kastle empezó a escribir para dar voz a las historias que no la dejaban dormir. Lo que comenzó como una necesidad se convirtió en refugio y en promesa: entender la vida a través de personajes que sienten de verdad, que aman hasta el límite, que luchan aunque tengan miedo y encuentran belleza en el lado más oscuro del amor.

No escribe cuentos de hadas. Escribe familias imperfectas, lealtades feroces, deseo, dolor, humor, cicatrices y esperanza. Historias donde las mujeres no esperan permiso, no se rompen: se reinventan. Donde los hombres protegen, cuidan, a veces hieren, pero nunca dejan de amar. Aquí el amor no es fácil ni pulido: es visceral, honesto y profundamente humano.

No hay finales crueles, ni traiciones gratuitas. Sólo intensidad, verdad, y el recordatorio de que el amor, aunque nunca sea perfecto, siempre merece ser vivido.



Libros de la autora publicados



Malishka

Una chica rota. Un callejón en Nueva York. Tres hombres a punto de aprender lo que significa meterse con un Levedev.

Cuando Maxim la recoge del suelo, no piensa soltarla jamás. Bajo su techo, en su cama, en su mundo, lo que es suyo no se toca. Entre deseo, oscuridad y secretos, nace un amor que lo cambia todo.



Oksana

Princesa en apariencia, guerrera por dentro, Oksana Levedeva lleva toda la vida ocultando sus heridas. Cuando Lev Petrov, frío y letal, se cruza en su camino, el choque es inevitable: pasión y furia, deseo que quema y reglas que ya no sirven.

En su mundo, amar es peligroso... y rendirse, imposible.



Sofía

Él sólo quería silencio; ella llegó con memes, caos y cero filtros. Andrey Levedev controla cada detalle de su mundo... menos a su vecina Sofia, que irrumpe como un huracán de humor negro y energía imposible.

Entre peligro, locuras y corazones desbordados, ella logra lo imposible: hacer que el hombre de hierro pierda el control.



Rieke

Ilya Levedev vive entre bromas y juegos, pero Rieke no se deja engañar. Silenciosa, implacable y fría, lo desarma sin apenas mirarlo.

Lo que empieza como un juego entre provocaciones y secretos, acaba siendo un vínculo inesperado, donde quedarse es el verdadero reto... y amar, el único riesgo que importa.